



Desde la izquierda, Vicky Luengo, Cristina Marcos y Esther Isla, en un momento de *Una vida americana*. / JAVIER NAVAL

Viaje en caravana por EE UU en busca de un padre perdido

Carballal traza en 'Una vida americana' un viaje "hacia la herida desde el humor"

AURORA INTXAUSTI, Madrid

Vivir en caravanas en Estados Unidos no es extraño. Habitán en ellas personas que se encuentran en el límite de la pobreza y que la sorteán con esfuerzo para subir en el ascensor social. La dramaturga Lucía Carballal utiliza ese escenario para trasladar a una familia del barrio madrileño de Tetuán a un bosque cercano al lago Crow Wing, en Minnesota. Buscan a un padre perdido. En ella se instalan Linda, su madre, Paloma, y su hermana pequeña, Robin Rose. Es la familia Clarkson, que de americanos solo tienen los nombres y una cierta herencia. Tratan de reencontrarse con Warren, el estadounidense del que Paloma se enamoró en el Madrid de los ochenta, el padre de Linda y Robin Rose.

Lo que inicialmente se presenta como una comedia va tomando en *Una vida americana* tintes de drama, en el que los personajes realizan una especie de terapia de grupo. Sacan a relucir sus mezquindades para poder seguir adelante con sus vidas. "Es un viaje hacia la herida desde la fantasía y el humor", asegura Carballal. El montaje, dirigido por Víctor Sánchez Rodríguez, se podrá ver en el Teatro Galileo de Madrid hasta el 4 de marzo.

Inventar historias siempre se le ha dado bien a Carballal, quien tuvo claro que lo suyo era contar, sobre todo en teatro, lo que conocía. "Quería sentirme extranjera y aprender del teatro que se hacía en otros lugares diferentes de Madrid y por ello me trasladé a Barcelona para acabar la carrera en el Institut del Teatre", señala. "Fui catalana durante tres años. Despues me fui a Berlín, para seguir aprendiendo en la Universidad de las Artes, y fui alemana durante cinco años. En 2013, regresé a mi ciudad, Madrid, y ahora no solo escribo teatro, si-

no también guiones para películas", abunda. Afirma que su escritura parte del realismo, de lo reconocible, para ir avanzando y poder adentrarse en mundos que desconoce y hacerse con ellos. "Creo en las historias y en los personajes, y en el esfuerzo cada vez más heroico de encontrarlos, de contarlos de principio a fin. Al plantear un proyecto nuevo, siempre me pregunto cuál es mi vinculación con lo que estoy contando, desde dónde lo estoy contando, por qué debo ser yo quien lo cuente. Es ahí donde encuentro el impulso: lo que ya no se puede parar".

Tener un final claro

¿Y escribir los diálogos? "Uf, no me resulta nada fácil. Reescribo mucho. Diseño los personajes y antes de ponerme con los diálogos tengo que tener claro cuál es el final de la historia. Luego encontrar las voces, eso me lleva tiempo. La suerte con *Una vida americana* es que sabía quienes eran los intérpretes [Cristina Marcos, César Camino, Vicky Luengo y Esther Isla] y ahí juegas con ventaja".

Cinco obras (*A España no la va a conocer ni la madre que la parió*, *Mejor historia que la nuestra*, *Personas habitables*, *Los temporales* y esta *Una vida americana*) ha escrito hasta ahora la joven dramaturga, algunas de ellas representadas y cuyos textos han sido publicados. "Mis obras tienen argumentos muy distintos desde la familia al trabajo. En común solo tienen la preocupación de estar aportando algo al presente, de captar aquello que está en el aire y que aún no hemos verbalizado. Mi trabajo es traducir eso en algo capaz de mover también a los espectadores".

Ahora trabaja en *La resistencia*, que escribe becada por el Pavón Kamikaze y se representará dentro de un año bajo la dirección de Israel Elejalde.

El Miró más indisciplinado y crítico estalla en el IVAM

La antológica revisa a través de casi 200 obras de todo tipo cómo actuó el artista para transformar la mirada de los espectadores

CARLES GÁMEZ, Valencia

Cuando se cumplen 125 años del nacimiento del pintor, el Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM) reivindica al Joan Miró más heterodoxo y comprometido. "En 1973, a los 80 años, Miró sintió una necesidad de indisciplina absoluta y realizó la tela rasgada, lo que los expertos llaman 'el Fontana de Miró' explicó ayer Joan M. Minguet, comisario de la exposición *Joan Miró, orden i desordre ante la emblemática pieza expuesta*.

"No queríamos hacer un mausoleo para un genio, sino reflejar el espíritu crítico y el cuestionamiento del arte que caracterizó a Miró a lo largo de su vida", resaltó de su lado el director del IVAM, José Miguel G. Cortés, en la primera exposición que el centro dedica a la obra del pintor catalán. "Se trata de mostrar la capacidad que el creador ejerció sobre el espectador para perturbar, revelar, o transformar su mirada".

Autor metódico y, al mismo tiempo, con una gran energía para la experimentación, la antológica comienza con el Miró más ordenado, el artista figurativo de tradición mediterránea de sus primeras obras que, como recordó Minguet, "fue un com-

pleto fracaso de crítica y de público. No vendió ni una sola obra en su primera exposición", y llega hasta sus trabajos con más carga rupturista.

Ahí están sus famosas telas quemadas que presentó en el Grand Palais de París en 1974 con las que lleva la radicalidad al extremo. "A los 80 años quiso demostrar que estaba más vivo que nunca, y lo planteó utilizando el fuego para desmantelar la representación, para situar el lienzo en otro orden", señala Minguet.

Orden y desorden

"La exposición plantea el choque entre el orden y el desorden y esos ingentes deseos de experimentación que vivió Miró a lo largo de su itinerario plástico, un proceso que llevó a crear un alfabeto visual propio, aparentemente sencillo, pero de gran profundidad", añade el comisario.

"La obra de Joan Miró está viva y él sigue vivo a través de ella" resaltó el responsable del IVAM, haciendo hincapié en la extrema contemporaneidad de su figura. La exposición reúne cerca de 200 obras, procedentes de una quincena de instituciones nacionales e internacionales

les, como los museos Reina Sofía y Thyssen y la Fundació Joan Miró, entre pinturas, esculturas, dibujos, cerámicas, carteles o piezas singulares como las que realizó para montajes de teatro y la danza. Trabajó en los decorados para *Mori el Merma*, un espectáculo de 1978 del Teatre de La Claca, inspirado en *Ubú rey*, de Alfred Jarry, que se estrenó en la Transición en el Liceo de Barcelona. También se exhiben algunos de sus trabajos para los Ballets Rusos de Sergei Diaghilev, el empresario que sumó el ballet a las vanguardias pictóricas del siglo XX.

La exposición, que permanecerá abierta hasta el próximo 15 de junio, presta igualmente atención también a sus cerámicas y al cartelismo. "En la obra de Miró, el cartel supone la captación instantánea de su mundo iconográfico y la posibilidad de llevar la provocación que sus signos generaban en las galerías o en los museos al centro de la vida pública" explicó Minguet. "Fue capaz de crear un mundo ordenado para luego subvertirlo, un artista que quiso asesinar la pintura en 1927, pero que, sin embargo, no dejó de pintar, de crear durante cerca de medio siglo", sentenció Cortés.



Dos visitantes del IVAM contemplan las obras de Joan Miró *Pintura* (1936, a la izquierda) *Constellation silencieuse* (1970). Delante, *Personnages et oiseaux en fête pour la nuit qui approche*. / MÓNICA TORRES

Un provocador con brochazos de graffiti

En 1969, Joan Miró es una figura aceptada por la Administración franquista. Una exposición en 1968 en el Hospital de la Santa Creu de Barcelona

supuso su reconocimiento oficial promovido por el Ministerio de Información y Turismo, entonces liderado por Manuel Fraga.

Como "contestación" a la muestra institucional el Colegio de Arquitectos de Cataluña organizó una exposición con la ayuda del estudio de arquitectura PER que acabó produciendo uno de los actos más transgre-

sores de la cultura en el tardofranquismo. El pintor ejecutó una acción plástica sobre los cristales exteriores del colegio en los que realizó varias inscripciones de contenido político. La performance mironiana de creación-destrucción quedó recogida íntegramente en el documental *Miró, otro* (1969) de Pere Portabella, quien después le puso música de Carles Santos.